

GLOSARIO DE REVISTAS

¿Se avecina una lucha
de razas?

En un reciente número de *La Nación* de Buenos Aires hemos leído un importante artículo de Baldomero Sanín Cano a propósito de dos libros en que se habla de los temores de Occidente ante las razas no blancas. Uno de esos libros es obra de Lothrop Stoddard, persona ya conocida para el público chileno. En efecto, hace no más de dos años un profesional tradujo cierto librejo de ese autor, con el título de «La amenaza del subhombre». La obra produjo una impresión circunstancial, fomentada por la sabia réclame periodística, pero ya ha sido olvidada.

El otro de los dos libros que preocupa a Sanín Cano se titula «El ocaso de las naciones blancas», y está escrito por un suizo, Mauricio Muret.

Una esmerada traducción castellana de esta obra ha sido editada en Madrid, recientemente, por M. Aguilár.

Ahora bien, estas dos obras

tienden a probarnos lo mismo: que el peligro de una lucha de razas es inminente; que los hombres de color—negros, amarillos, cobrizos...—conocen ya las flaquezas de la organización política, social y económica de los pueblos blancos, y se apresan para el combate. Tienen para ello, además, otra ventaja: la del número. Sanín Cano resume así la impresión que le ha dejado la lectura de ambas obras: «Los amarillos de Asia, casi la tercera parte del género humano; los negros de África, más numerosos que los blancos de América; el indio de la piel tostada que habita los ardientes valles del Ganges sagrado y de sus numerosos afluentes; aún los cobrizos de América, al norte y al sur de Panamá, están llamados a dominar al hombre blanco, cuya indiferencia en frente de este problema le hará fácil presa de sus competidores.»

¿Cómo ha podido formarse semejante concepto en personalidades a quienes podría creerse libres de temores un poco infantiles? Sanín Cano nos lo dice

francamente: Lothrop Stoddard es un simple charlatán de feria que tiene arrestos de hombre de ciencia pero que no sabe nada de nada. Sus fuentes de información son, por lo general, revistas de no mucho prestigio en que se comentan, de segunda mano, los hechos del mundo, y diarios que viven del escándalo. Por lo menos unas y otros aparecen frecuentemente citados en las páginas de su libro, titulado «La ola montante del hombre de color contra la supremacía mundial del hombre blanco».

Muret tiene más aparato científico y su obra está escrita con algún arte, pero eso no quiere decir que no esté igualmente errado en sus apreciaciones y temores. Por este sendero llega Sanín Cano a ocuparse de las características morales que presenta actualmente el mundo occidental. Oigámosle:

«La necesidad de vivir en sociedad—escribe— ha hecho del hombre un sujeto moral. Para existir en sociedad es necesario conocer ciertas normas y obligarse a respetarlas en beneficio propio y de los demás asociados.» Luego el autor nos advierte que el individuo que acomoda estrictamente su proceder a esos principios, es un ser de carácter. «En eso consiste el carácter—agrega,—en acomodar nuestra vida en todo momento a las normas

que nos hayamos fijado. La sociedad repudia a los individuos cuya vida es una continua derogación de los principios que dicen regir su conducta.»

Esto sucede en las relaciones del hombre con la sociedad, pero no ocurre lo mismo en la esfera de los pueblos entre sí. «La flaqueza fundamental de lo que llaman civilización las Naciones cristianas es su falta de carácter.» No tenemos más que volver los ojos hacia el decálogo para encontrar que el mundo occidental practica la derogación de los principios fundamentales de su existencia moral. «No matarás», dice el código de todos los hombres blancos; «no codiciarás los bienes ajenos»...

«El Occidente—agrega Sanín Cano—sabe que la flaqueza de su organismo social y político es esta falta de carácter. Cuando un hombre como Tolstoy levanta la voz de profeta y clama que el origen de todos nuestros males está en que hemos olvidado las enseñanzas de Cristo, el pueblo, las clases ilustradas, el mercader y el operario gritan: «Está loco». La tragedia de ese hombre es demasiado grande. Él vió cuál era el punto débil de la sociedad de su tiempo y tuvo la franqueza de decirlo. Nuevo Jesucristo, tuvo también su huerto de los olivos y su cruz dolorosa.

Otro fué el camino de Nietzs-

che. Para Nietzsche, el cristianismo había fracasado porque cegaba las fuentes de la vida. Lo más lógico, lo más moral era enderezar el rumbo, volver al antiguo amor a la vida como la concibieron los griegos. Nuevamente los hombres dicen que este ser está loco. «En esta vez aciertan—dice Sanín Cano;—la magnitud del equívoco, obrando en naturaleza tan sensible y en una inteligencia tan leal consigo misma, destruyó el equilibrio entre la razón y la vida.»

Finaliza el interesantísimo artículo de Sanín Cano que hemos intentado resumir en las líneas anteriores, con las siguientes palabras: «No es la fecundidad de la raza amarilla el enemigo más formidable de

Occidente. Antes de que los chinos se hayan organizado como el Japón, Europa habrá sido destruida por el equívoco moral y por la falta de carácter. En muchas ocasiones pudo China apoderarse de Europa, pero el Celeste Imperio ha desdeñado siempre, con razón o sin ella, a ese conglomerado de razas que habita las riberas del Atlántico.»

Stoddard y Muret, pretensos filósofos de criterio atropellado y sin aliento científico, habían querido amenazarnos con una lucha de razas en que habría de naufragar la civilización de Occidente. Sanín Cano, con más hondura, nos dice que el enemigo está en nuestra propia casa. ¿Es un consuelo el que nos da?—S.